

Barrett, personaje quijotesco

El caso del escritor que ingresa en el periodismo por necesidades económicas, es relativamente común. Desde tiempos inmemoriales se sabe de prestigiosas plumas refugiadas en las redacciones de los diarios, o escribiendo colaboraciones que, por lo general, les reportan escuálidos estipendios. Uno de estos literatos es el santanderino Rafael Barrett, escasamente conocido en España y de profunda huella en América del Sur. Su caso no solamente es bastante particular por el hecho de iniciarse tardíamente y fuera de su país, sino porque demostrando condiciones inequívocas de escritor fue absorbido, casi totalmente, por el periodismo. Su obra publicada en libro lo demuestra: de los once títulos, diez recogen sus artículos, editoriales y crónicas aparecidas en revistas y diarios de Argentina, Uruguay y Paraguay, y solamente uno, su obra narrativa.

Podrá aducirse que Barrett tenía más temperamento periodístico, y que fue ésa la razón por la que ancló dentro de las redacciones de ciudades como Buenos Aires, Montevideo o Asunción. Esa proporción inmensa de diez libros periodísticos y uno de narración, parece demostrarlo. Sin embargo, si se analiza su pensamiento a través de esos mismos artículos, y se examinan detenidamente sus cuentos, se encuentra más al creador que al hombre que tiene que cumplir una tarea diaria como redactor. Y si se conocen algunos aspectos de su vida, tanto de la desarrollada en esos países latinoamericanos, como en España, es fácil descubrir el espíritu fantasioso, utópico, de grandes connotaciones con la poesía, tan identificado con el creador, con el hombre que elige la ficción antes que la rotunda realidad del periodismo.

Rafael Barrett, había nacido en 1876 en Torrelavega, Santander. Hijo de un ingeniero británico, George Barrett, y de una española emparentada con el duque de Alba, doña Carmen Alvarez de Toledo. Estudió para ingeniero agrónomo, primero en París, y a la muerte de su padre, en Madrid donde finalizó la carrera. Las noticias de su adolescencia y primera juventud, son escasas, y solamente dan referencia de los estudios y de la situación algo sólida, en el aspecto económico, de su familia, pero se empieza a tener información más sustanciosa cuando se entra en el siglo XX. A la muerte de su madre, abandona Bilbao donde residía y se instala en Madrid. No solamente frecuenta los salones literarios, se deja imantar por los casinos, y se muestra como un tenorio impenitente, sino que traba amistad con distinguidos escritores de su generación, vale decir la famosa del 98. Ramón del Valle-Inclán y Ramiro de Maeztu, se hallan entre sus amigos. Es precisamente este último, quien da una versión del hecho que determinó su salida de España en 1903.

Barrett había gastado toda la fortuna heredada de sus padres, y a consecuencia de ese brusco decaimiento económico, los salones madrileños se le comenzaron a cerrar. Pero su pasión por el juego no decayó y siguió frecuentando los casinos, tal vez, con

la vaga esperanza de recuperar el dinero perdido. Sin embargo, otra característica de su personalidad sería la que le colocase en el duro trance de tener que abandonar el país. Una leyenda negra se había levantado contra él señalándole como el causante de esta difamación al duque de Arión, a quien atacó premunido de un látigo, en un conocido teatro de Madrid. La violencia del hecho fue comentada por Ramiro de Maeztu, y años después, recogida por el venezolano Rufino Blanco-Fombona, en su libro *Motivos y Letras de España*.¹

La persecución que se ejerció sobre el joven agrimensor, y las dificultades económicas por las que estaba atravesando, lo obligaron a cambiar de continente, y un buen día embarcó con destino a Buenos Aires. A partir de ese momento, su vida da un vuelco impresionante: desaparece el dandy, y surge el anarquista. El proceso se opera en algo así como dos años. Fue en octubre de 1903 cuando llegó a la capital argentina, se dice que acompañado de un paciente suyo, y en 1906, cuando su obra y su comportamiento, muestran al anarquista perfectamente formado.

Los exégetas de Barrett —no pocos, y todos sudamericanos— no reflexionan muy claramente acerca del por qué dirige sus pasos hacia el periodismo, y no utiliza sus conocimientos de ingeniería, música, idiomas, matemáticas, pintura, etc., pero se deduce que fue lo primero que se le presentó. Que las puertas de un diario argentino fueran las primeras que se le abrieron, y a los pocos días de haber llegado a esa ciudad ya estaba convertido en uno de los redactores más sólidos de esa casa. Nadie, o muy pocos, se preocupan por averiguar si antes de venir a la Argentina, Barrett ya había hecho alguna publicación en diarios y revistas, o si algunos de sus cuentos habían sido leídos por sus amigos escritores. Porque ese inicio tan apresurado como acertado, en las filas del periodismo, resulta tan interesante como extraño.

A partir de su primer trabajo en *El Diario Español* de Buenos Aires, se gana la vida escribiendo, aun en Paraguay donde se preocupa por utilizar sus otros conocimientos. Pero ya se hallaba totalmente volcado a la actividad anarquista y en franca oposición con los grandes empresarios del país y, por ende, con estamentos oficiales y políticos destacados. El profesor de francés e inglés, el excelente espadachín o el delicado y profundo crítico de arte, quedan relegados para dar paso a un hombre cuya esencial preocupación es la de defender al desvalido. Y éste será el espíritu, la meta de su vida hasta el final, que se produce en 1910, cuando solamente cuenta con 34 años de edad, se halla casado con una paraguaya y tiene un hijo, Alex, al que ha visto durante muy corto tiempo.

Podría decirse que escasamente la sexta parte de la vida de este hombre es importante, ya que sólo se tienen noticias de sus últimos seis años, y nada o muy poco se sabe de él antes de 1903. Investigadores de su vida, como el uruguayo Vladimír Muñoz, han logrado hallar partidas de nacimiento y defunción de sus padres, y algunos otros datos relacionados con la familia, pero fundamentalmente, han espigado sobre el discorrir de los años vividos en América Latina. Y, como es lógico suponer, de esos años los que más atraen la atención son los últimos, aquellos tan difíciles vividos en el Paraguay, donde durante un tiempo trabaja para la compañía inglesa del ferrocarril, em-

¹ *Compañía Iberoamericana de Publicaciones, S. A., Madrid, 1930; pp. 205-217.*

pleo bien remunerado que consiguiera tanto por su dominio de la lengua inglesa, como por ser hijo de súbdito británico, pero que abandonara indignado al descubrir una injusticia contra un trabajador paraguayo, al que él no conocía, pero del que sí supo el motivo que causó su salida de la compañía. Esto determinó que él dimitiera, y se dedicara a vivir, franciscanamente, de lo que ganaba como periodista.

Durante esos años vividos en Paraguay (1906 a 1909), sufrió cárcel y, gracias al cónsul del Reino Unido, que le facilitó pasaporte británico, pudo salir del país y dirigirse a Corumbá, Brasil, desde donde marchó a Uruguay, para trabajar como redactor en el diario *La Razón* de Montevideo. Esta vida novelesca, en la que Barrett jugaba un papel heroico, a disgusto de él mismo, puesto que rechazaba cualquier atisbo de heroicidad y consideraba, simplemente, que lo que hacía era cumplir su deber como hombre, tuvo su punto final en Francia durante el mes de diciembre de 1910. Su organismo se había resentido de tantos días de vigilia y mala alimentación, y los médicos diagnosticaron tuberculosis. En esos años resultaba difícil hallar al médico que pudiera con ese mal, y Barrett optó por dirigirse a un especialista francés, a quien había conocido en sus años de estudiante de la Sorbona. Poco después de cambiar las primeras cartas, decidió marchar a Francia. Su partida determinó una serie de homenajes, y una demostración de gran cariño por parte de la intelectualidad uruguaya hacia este escritor tan alejado de la vanidad. Cuando salió con destino a Europa, transido de esperanzas con respecto a sus pulmones, la vida empezaba a tener otro color para él. Muchas de las puertas que siempre habían estado cerradas comenzaron a abrirse, una de ellas fue la de la revista de Buenos Aires, *Caras y Caretas*, que le contrató colaboraciones muy bien pagadas pero que él, cada vez más enfermo, no pudo cumplir como era su deseo.

Salió de Montevideo en agosto de 1910 y llegó a Barcelona en septiembre del mismo año, escribiendo desde esta ciudad una carta a su esposa, Francisca López Maíz, en la que le daba sus opiniones sobre la capital catalana. La carta se inicia con estas frases: «Adorada mía: Acabo de llegar a España, de la cual lo primero que he visto de cerca es el castillo de Montjuich. ¡Lo echaremos abajo! Pero esta Barcelona es admirable. Me recuerda París. No es española en nada. La he recorrido en coche, y de vuelta al hotel he querido decir, en seguida a mi Chita, que éste es uno de los puntos del mundo en que se puede vivir y donde hay mucho que hacer. Esta ciudad me parece una magnífica herramienta. Aquí estallará la revolución que transformará a toda la península, y al mismo tiempo no quita para que se alcen estatuas como la de un señor Güell, ¡Fabricante de pana!»²

Casi de inmediato pasó a París, a donde llegaba como miembro de la oficina que en esa ciudad tenía el diario *La Prensa* de Buenos Aires, y donde también consiguió que *Le Figaro* le aceptara colaboraciones que ya no pudo escribir. De la Ciudad Luz, se dirigió a Arcachon, pueblo de pescadores y considerado como el paraíso de las ostras, donde uno de los médicos especialistas en tuberculosis, de mayor prestigio, atendía a sus pacientes. Hasta este lugar llegó todavía optimista, aun cuando sus fuerzas habían mermado considerablemente. Sus cartas así lo demuestran: «De mi salud nada nuevo. El médico me hace quedar en la cama, con todas las ventanas abiertas, tengo las manos

² Cartas íntimas, *Biblioteca Artigas, Montevideo, 1967. Carta fechada el 2-IX-1910, pp. 101-102.*

duras de frío. (...) El reposo que me prescribe es para ver si engordo. Veremos... No tengo fiebre, como bien. Apenas esputo. Algo es algo. Lalesque (su médico) parece contento.»³

El 13 de diciembre de 1910, comenzó a escribir una carta a su mujer y ya no pudo concluirla. Junto a él se hallaba una tía paterna que se había trasladado desde Santander hasta Arcachon, Susan Barrett, quien firma la mala noticia que se envía al Paraguay. Así concluyó una vida extraña, valiente, honesta. Y se truncó la carrera periodística y narrativa de un hombre que empezaba a ser aceptado en los tres países latinoamericanos en los que había vivido. En 1910 sólo había aparecido su primer libro: *Moralidades actuales*,⁴ y a él seguirían diez más, casi todos publicados entre 1911 y 1914. En 1967, su viuda publicó la correspondencia entre Barrett y ella, bajo el título de *Cartas íntimas*.⁵

Barrett y el periodismo

Nadie ha podido determinar si antes de viajar a la Argentina, Rafael Barrett había publicado artículos o cuentos. Su obra se inicia con sus trabajos para un diario de Buenos Aires, y finaliza con sus crónicas para *La Razón*; *La Prensa*; *Le Figaro* y otros diarios de la época. Sería interesante espigar en las hemerotecas españolas en busca de algún artículo firmado por él, aunque para juzgarle como articulista es suficiente lo realizado en América del Sur.

Ya hemos dicho que Barrett no es el periodista clásico, el informador que sale en busca de la noticia, o que debe saber «ver bajo el agua» para seguir un caso o una campaña. Es el intelectual transportado a las redacciones, y sus artículos versan sobre temas de actualidad, manteniendo siempre un tono alturado, que logra gracias a su densidad cultural.

No ha quedado suficientemente establecido cuál fue el primer diario en que publicó Barrett. Se había dicho que acabado de llegar a Buenos Aires, había conocido al español López Gomara, director de *El Diario Español*, quien le propuso que entrara como articulista. Pero algunos de sus biógrafos, Vladimir Muñoz entre ellos, señalan que las primeras colaboraciones con su firma aparecieron en *El Tiempo* y en la revista *Ideas*. Lo que sí está comprobado es su salida del diario de López Gomara, y su ingreso en *El Tiempo*, donde trabajó hasta octubre de 1904, fecha en que se le envía como corresponsal a Asunción, donde había estallado una revolución sangrienta. La otra versión con respecto al cambio de residencia (Paraguay por Argentina), sostiene que dejó *El Diario Español* a consecuencia de una violenta discusión con el director, y que fuera motivada por la publicación de su artículo «Buenos Aires».⁶

³ Ob. cit. *Carta del 20-XI-1910*, pp. 121-122.

⁴ Rufino Blanco Fombona realizó una nueva edición de este título para la biblioteca, Andrés Bello, de la editorial América, Madrid, 1919.

⁵ Contiene 74 cartas, la gran mayoría de Rafael Barrett a su esposa, con anotaciones de ésta, y prólogo de Luis Hierro Gambardella.

⁶ Está publicado en *Moralidades actuales*. Y aparece, también, en la selección que sobre su obra periodística publicó Tusquets Editores, bajo el título de *Mirando Vivir*, con prólogo de C. M., Barcelona 1976.